

El brillo que mengua

Víctor Pliego

ESPAÑA ha resplandecido en la cara nocturna del mundo. La península centellea, repleta de luces, cuando se mira la Tierra desde el espacio. Las ciudades de este áspero país brillan gracias a un fulgor exagerado que, tal vez, quiso conjurar las cercanas sombras de nuestra historia. La iluminación navideña ha crecido hasta adoptar formas exageradas, horteras e inapropiadas que, afortunadamente, este año se verán reducidas. Se apela a la austeridad impuesta por la crisis financiera. Sin embargo, la austeridad es la sencillez, la ausencia de alardes, la renuncia a lo innecesario y esta virtud no debe confundirse con unos recortes arbitrariamente impuestos.

El uso racional de los recursos se convierte en necesidad cuando hay escasez y esta facultad solo puede ser considerada como un ejercicio inteligente y virtuoso cuando es voluntario y no forzado. Recuerdo las viviendas de no hace muchos años, exigüamente iluminadas con alguna solitaria, desnuda y débil bombilla; templadas con la ayuda de un modesto brasero colocado bajo la mesa camilla.

Mientras la España de los milagros celebraba la fiesta de la aparente abundancia y el despilfarro, otros países con más memoria y prudencia fueron austeros. Basta observar el paisaje de otras ciudades europeas, su iluminación o su mobiliario urbano, sobrio, funcional, duradero y dignamente envejecido. Reducir las pompas y fulgores superfluos debería ser cuestión de sentido común y no de coyuntura. Hacer un consumo racional de la energía no es una apuesta por la austeridad, sino por la sensatez.